

LA MAREA / ANTÓN CASTRO

El observador tranquilo

Ismael Grasa (Huesca, 1968), sin hacer ruido, crece y crece cada día como escritor y como pensador, o como observador que se vuelve filósofo a fuerza de sosiego y de sensatez. Se percibe en sus libros de ficción, sobrios y seguros, transidos de una emoción callada, como 'El jardín' y 'Una ilusión', y en libros como 'La flecha en el aire', que se puede leer como el diario de un profesor que enseña a

pensar desde cero. O casi. Enseña a darle la vuelta a los tópicos como si se tratasen de un calcetín. Hace unos días, en una colección idónea para llevar en el bolsillo y leer en el bus o en el tranvía, aparecía 'La hazaña secreta' (Turner Minor, 92 páginas), que tiene algo de manual de urbanidad, de tratado de buenos hábitos o de meditaciones al modo de Epicuro o Marco Aurelio.

El autor sigue un procedimiento muy sugerente: elige un tema, lo desarrolla en algo más de una página y lo cierra con una cita, que es una confirmación, una sugerencia o un extravío, un camino que se abre hacia el horizonte y la aventura. ¿De qué habla Ismael Grasa? De las cosas sencillas, de la vida buena, del orden, del uso de la libertad y de la fe, no exactamente la fe religiosa, que a lo mejor también lo hace, sino de la fe de poseer



Portada de Turner. HA

convicciones, principios, ideas y matices, y defenderlos, sobre todo ante aquellos que imponen los suyos aunque vayan contra la libertad pública y privada.

Ismael Grasa se expresa con elocuencia, con belleza y con exactitud. Invita a ser leído literalmente pero también desde la ironía y desde el humor y la impugnación. Aún así 'La hazaña secreta' podía ser un recetario de hábitos de vida: es bueno tener

una biblioteca y cuidar los libros, coleccionar algunas cosas (él, con su compañera Eva Puyo, suele recordar que él es «un modesto coleccionista de arte que halla pequeños/grandes tesoros con frecuencia»), realizar actividades manuales, conocer la ciudad y no renunciar al centro; defiende la idea de un jardín, el jardín de los poetas –evoca a alguno de ellos: Philip Larkin, Eloy Sánchez Rosillo, que escribió el endecasílabo «Cuanto existe, existió y será después» o su amada Sol Acín, a la que editó–, aboga por la duda más que la certeza y cree más en la individualidad que en la masa.

Ismael Grasa propone sendas hacia la felicidad, sin aspavientos, asumiendo con Semprún esta cita: «Así, habría que comprender que las cosas no tienen remedio y sin embargo estás decidido a cambiarlas». Una gran joya, sin duda.

INSTINTO DE LIBRERA / EVA COSCULLUELA

Una escritora a la contra

No es de extrañar que cuando Doris Lessing bajó de un taxi frente a su casa y recibió la noticia de haber ganado el Nobel del grupo de periodistas que la esperaban, solo acertara a exclamar «¡Dios mío!» y pidiera a uno de ellos, bromeando, que le apuntara qué debía decir. Era 2007 y antes que ella, en sus 104 ediciones, la Academia sueca solo había distinguido a diez mujeres.

Doris Lessing nació en 1919 en la antigua Persia, hoy Irán. Creció en la antigua colonia británica de Rodesia, hoy Zimbabue, donde sus padres –un excombatiente de la I Guerra Mundial mutilado casado con la enfermera que lo cuidó– regentaban una granja. Fue al colegio hasta los 14 años, pero su carácter rebelde y la severidad de su madre («nos odiábamos la una a la otra; ella nunca me hubiera elegido como hija», escribió) provocaron que escapara de casa. Se casó a los 19 años, tuvo dos hijos, se divorció y volvió a casarse, tuvo un hijo más, volvió a divorciarse. En 1949 se marchó a Inglaterra, sola con su hijo pequeño y el manuscrito de su primera novela, 'Canta la hierba'. Es autora de varios libros emblemáticos e inolvidables: 'El cuaderno dorado', publicada en 1962, se convirtió en un símbolo para el movimiento feminis-



Portada de Lumen. HA

ta (del que renegaría en sus últimos años al considerar que se acercaba al fundamentalismo).

Siempre fue a su aire y no se dejó llevar por la corriente: militó activamente en el partido comunista hasta que Stalin la hizo despertar; cuando había triunfado con libros realistas y confesionales, se lanzó a escribir una pentalogía de ciencia ficción. Escribió dos libros bajo el seudónimo de Jane

Sommers que fueron rechazados por su editorial y tuvieron muy malas críticas.

Lumen acaba de publicar 'Las cárceles que elegimos' (traducción de Ariel Font Prades, 138 páginas), un volumen que reúne cinco conferencias que la autora pronunció para la televisión canadiense en 1985, a los que añade un ensayo con una conferencia impartida en 1992.

Han pasado más de 30 años pero sus textos siguen estando de rabiosa actualidad: denuncia los totalitarismos, hace una ardiente defensa del pensamiento crítico, analiza cómo nos vemos a nosotros mismos, individualmente y como sociedad, y reflexiona acerca de cómo las emociones colectivas enmascaran el pensamiento racional. Carismática, de personalidad arrolladora, libre, no le importó ir a la contra para defender la igualdad, la democracia, la libertad.